

espíritu con la llegada á España de su hija D.^a Juana y sus nietos D. Carlos y D. Fernando, vástagos de la unión de su hija con el de Austria. Pero nuevos sinsabores esperaban á D.^a Isabel y Don Fernando al ver la constitución íntima de la familia de su hijo.

El archiduque Felipe era ligero, frívolo, veleidoso y de suyo disipador é inconstante; D.^a Juana nunca fué bella; la leyenda, la comedia y la pintura, obrando como cincel inspirado en la estética, la han grabado en la imaginación popular con esos caracteres simpáticos de un subjetivismo romántico que han hecho una aureola llena de atractivos en torno de tan interesante figura.

Como Felipe de Austria era hermoso; su elevado rango, ocasión continua de roce con las mujeres más bellas de Flandes y de España, y en todos tiempos las pasiones han tenido en estas circunstancias poderosos auxiliares, los celos arraigaron vigorosa y tenazmente en el alma enamorada de D.^a Juana. Sin razón agitan estos el espíritu más firme y dueño de sí mismo; con ella—como le sucedía á la infortunada princesa—encienden devoradora hoguera en un pecho femenino, inclinado, como el suyo, á la ternura y al amor. Cada inesperado viaje á Flandes; cada atención de cortesía á esta ó la otra dama; cada conversación con el oficioso cortesano ó el servilasalariado, eran otros tantos acicates mortificadores para Doña Juana, que veía aumentada la proverbial hermosura de su esposo, y disminuía también su carencia de atractivos físicos.

Estos agentes iniciaron bien pronto la enajenación cerebral de la princesa por causas poderosas de histerismo patológico, reflejadas en su imaginación exaltada por dos pasiones tan avasalladoras como los celos y el amor.

Hé aquí á la gran reina Isabel I recibiendo lluvia de oro americano sobre su espléndida diadema y torrentes de amar-gas lágrimas sobre su corazón de madre. Sembraron las gradas de su trono los descubrimientos del genovés de lingotes de oro asomando entre flores tropicales, y se subía al solio de Isabel dejando á entambós lados las columnas de Hércules, entre esclavos de color morena y empenachada cabeza, ceñidos brazos y piernas por dorados aros y vestidos de plumas rojas y verdes pendientes de la cintura, mientras el sol daba la vuelta á ese mismo trono alumbrando razas y continentes que no se habían conocido después de las revoluciones del planeta. Igual sembraron de sinsabores y pesares la pendiente que empujaba al sepulcro á la virtuosa reina, las inquietudes producidas por sus hijos. Y cuando ella

pensaba, no ya en que reposaran sus cenizas bajo las caladas piedras de San Juan de los Reyes, sino cuando el descenso al sepulcro podía empujarla á dormir en eterno letargo en las risueñas márgenes del Darro y el Genil, veía sembrada la funeraria senda de cipreses caídos de la diadema de una loca, símbolos de una razón muerta en su propio incendio, en vez de las americanas flores que perfumaban su trono; cadenas negras y vigurosas como las que oprimían el juicio de su hija, amarrándola al potro de los celos, en vez de las doradas barras importadas por las carabelas de Colón; dos columnas funerarias truncadas en la historia de D.^a Juana, la una emblema de su razón marchita, la otra símbolo de la viudez prematura, diciendo *hay más allá* en el infortunio, en vez del *non plus ultra* de las columnas famosas; dos niños, Don Carlos y D. Fernando, apoyados en ellas, abandonados en la infancia, llorando á su madre loca y á su padre muerto, en vez de esclavos americanos ceñidos de plumas y auríferas guarniciones, y un crespón negro velando los rayos de sol ardiente de otros días, oscureciendo al astro que había de alumbrar el desastre de Villalar y la ejecución de los Comuneros.

Esta era D.^a Juana y esta la impresión que producía en su egregia madre. Hallábase su padre D. Fernando en la guerra de Cataluña y el Rosellón; obtuvo una victoria en el sitio de Salsas; nada conmovió á D.^a Juana el éxito del vencedor. D. Felipe, el ensueño continuo de sus amores, no estaba; debía buscarle, seguirle, arrancarle, acaso, de ajenos brazos, huir de Medina del Campo..... pero el obispo Fonseca la vigilaba..... Pues á pesar de esto, una tarde salió sola resuelta á unirse á Felipe por tierra ó por mar, sin coche, sin barco, á la ventura, como máquina regida por un cerebro loco que pensara hallar en las olas sólido asiento para fijar su planta y correr sobre sus lomos en pos del sér querido..... Pero, ¡ay! la locura tiene barreras que le opone la razón: ¡la puerta se cerró; el puente levadizo se irguió para estorbar su paso! ¡La pobre loca pasó la noche en la barrera, vengándose en sí misma, al divertir su pensamiento en la bóveda azul, que creyeron líquido fanal tachonado de estrellas las ardientes imaginaciones del pueblo egipcio!

De la contemplación del sereno espacio de la inmensidad, campo simpático á su romántica pasión, la redujo, afectuosamente, el arzobispo de Toledo á los estrechos límites de una mísera y ennegrecida cocina, lugar inmediato al elegido por su extraviado juicio para pasar, no una, sino muchas noches.

Esta era una de las figuras que tenían los Comuneros para ponerla al frente de su causa. Años, es verdad, habían transcurrido desde que D.^a Juana era protagonista de esta romántica tragedia hasta que ofreció á los castellanos ayudarles á recobrar sus libertades; pero aquellos valientes españoles, hidalgos como Padilla, audaces como Bravo y enérgicos como Maldonado, acaso insistieran en llevar al frente de sus correrías el nombre de Doña Juana por lo mismo que la veían abatida por el mayor de los infortunios.

Concedemos que esto fué muy caballeresco, y, como hoy se dice, levantado; pero lo político hubiera sido dejar á la pobre loca en su retiro y pensar en Don Fernando, ya que Carlos I les dejaba en el olvido, á pesar de los días de gloria que dió después á la España de engrandecimiento.

D. Fernando hubiera sido más ó menos grande que su hermano, pero entonces era la solución que tenían las Comunidades y hubiérase evitado que el condestable se hiciera dueño de Burgos, que se negara á licenciar gente, que el Conde de Alba de Liste mandara dar garrote al emisario que llevaba la voz, camarero de la reina, y que, con este atropello, viniera el justificante final de la rebelión.

¡Otro golpe, aún más adverso!

Padilla, el gran Padilla, fué destituido. En su lugar se nombró á D. Pedro Girón. Y el valiente toledano, pretextando enfermedad de su esposa, vino, seguido de los Comuneros de Tordesillas, á Toledo, cuna gloriosa que le mecía en su seno.

JOSÉ M.^a OVEJERO.

(Se continuará.)

EL EMMO. SR. CARDENAL PAYÁ

GRATA, pero difícilísima tarea, ha caído sobre mis débiles hombros; la de hacer un artículo biográfico del eminentísimo señor cardenal Payá.

Llamo grata tarea, porque me proporciona tratar de un virtuoso é ilustre varón, que, dotado de inteligencia clarísima, concepción rápida é intenso amor al estudio, ha honrado todos los cargos que desempeñó en su larga carrera, como honra hoy la silla toledana, ocupada antes por hombres tan eminentes como Cisneros, gloria española del siglo XVI.

Difícilísima es para mí, porque admirador del prelado desde mi tierna edad, encuentro en su vida muy pocos rasgos que no me parezcan salientes y dignos de encomio, desde su nobilísima conducta en el atropello de Cuenca, hasta las sentidas pláticas en el *Milagro*, en las que no se sabe qué admirar más, si la correcta y fácil dialéctica, ó la sencillez y naturalidad en la exposición. Estas envidiables cualidades las ha conservado siempre, porque son natura-